

ENTREVISTA

Me abre la puerta del estudio una joven de aspecto delicado. Es Silvia. Acaba de ordenar el estudio, en el que se aprecia gran número de obras en proceso y otras tantas en la pared. Por lo que puede observarse, su dulce aspecto contrasta con la agresividad de su obra. Es muy nerviosa y no sabe donde sentarme, pero por fin se decide.

—¿Por qué abstracto y no figurativo?
—En el 96 empecé a trabajar con el abstracto y supongo que es un poco el cambio natural que se produce en muchos pintores que empiezan pintando lo que ven, conociéndolo, pero llega un punto en el aparece una necesidad de plasmar algo que vaya más allá de esa realidad. Empezó a motivarme muchísimo la figuración y necesitaba el reto de pintar algo que no sabía muy bien en qué iba a acabar.

—¿Te encuentras más libre?
—Sí, y me da más juego, me peleo más y tengo que dialogar mucho con la obra hasta que llego a un entendimiento con ella.

—¿Desde cuando empezaste a pintar?

—Desde muy pequeña, de hecho yo tenía problemas de dicción y mi madre en el bolso siempre llevaba papeles, lápices de colores... y yo siempre que podía estaba pintando. No me lo planteaba de forma profesional. Primero quería ser granjera, luego veterinaria y a los nueve años decidí que lo mío era pintar. Y desde entonces, estuve en una academia, luego en Bellas Artes... Llegué a la facultad habiendo hecho mucha figuración y empecé a plantearme otro posicionamiento ante la pintura.

—Dicen los duendes que tienes un gran futuro por delante...

—Por edad —ríe— tengo 26 años. Tengo mucha fe en ese pensamiento, fe en mí misma y en mis posibilidades. Pienso que hay una madurez pictórica ahí, porque llevo mucho tiempo pintando y dedicándole horas y horas lo que te da cierto bagaje técnico. Y luego creo haber encontrado mi camino formal en cuanto a lenguaje pictórico.

—¿Pintas para tí o para los demás?

—Pinto para mí pero soy muy desprendida con mis cuadros, no los guardo ni los acumulo. Necesito de un espectador que responda ante mi cuadro, le guste o no le guste.

—¿Cómo definirías tu pintura?

—Abstracta. El término abstracto me sirve para no meterme en muchos follones, en terminología que ni me va ni me viene. Aparte, el ceñir la obra a un tipo de pintura no se puede hacer. Podría decir que es un informalismo pero es que tampoco lo es. Me gusta enfrentarme a la obra tal cual, dejarme llevar, y eso tal vez

La obra de Silvia Lerín ocupa desde hace un mes las paredes del Club Diario Levante mientras prepara una serie para exponerla en mayo de 2002 en Barcelona. Bajo el título «Obra Reciente» se han expuesto 21 lienzos de distintos tamaños en los que se reconoce la madurez prontamente alcanzada por esta artista que con nueve años decidió dedicarse a la pintura.

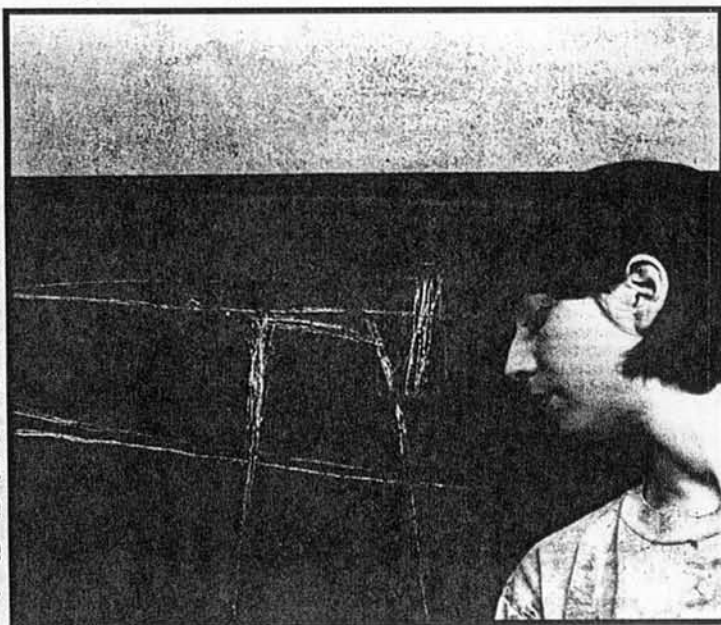
SILVIA LERÍN

Rebeca BUCHÓ

Pintora

«Pinto para mí y necesito de un espectador que responda ante mi obra»

«Mi pintura la definiría como abstracta. El término abstracto me sirve para no meterme en muchos follones. Aparte, el ceñir la obra a un tipo de pintura no se puede hacer»



lo que hace es que sea una pintura madura, en cuanto a conocimiento de la técnica, y fresca, porque no está pensada.

—¿Influencias?

—Muchísimas. Me gusta mucho la expresividad de la pincelada de Motherwell, la materialidad de Kiefer, la sutilidad de Klee, Tápies, Dubuffet, Rothko...

—¿Trabajas sólo en acrílico?

—Sí, porque me da la rapidez que necesito en la ejecución porque en ese momento es necesario no dejar al consciente que controle la situación y que el diálogo con la obra se produzca en un estado de descontrol. Esto te lleva al error, que para mí es

fundamental porque el yo consciente no habría podido llegar nunca esa solución sin el azar. Pero claro, tienes que saber escuchar ese error. Y todo esto va haciendo madurar tu obra y te va abriendo nuevos caminos.

—¿Qué papel tiene el color en tu vida y en tu obra?

—La verdad es que... no lo hago de forma intencionada pero sí, me imagino que es la forma positiva de ver la vida. Me puedo considerar afortunada de hacer lo que quiero y lo que me gusta. Y el color es el resultado de todo ese positivismo.

—¿Qué te mueve a pintar?

—Bueno surgió como una necesidad

cuando era pequeña y ahora se ha convertido en una necesidad existencial. Gracias a que pinto lo que me gusta, sobrevivo y vivo feliz.

—Y, ¿cómo has llegado a este estado en tu obra?

—La gente que ha visto mi obra considera que existe una contraposición constante de volúmenes, de color, de detalles... pero yo no me había parado a pensar. Cuando me pasaba las diapositivas sólo me fijaba en la técnica y la composición, no en la línea que llevaba. Y la verdad es que sí, existe una especie de diálogo entre zonas muy saturadas con otras menos. Y quizá eso es el resultado de mi lucha con el cuadro

conmigo misma.

—¿Pintura matérica o plana?

—Mis cuadros parecen matéricos pero en realidad no lo son tanto. Trabajo paso a paso y se va formando una textura que ahora es visual. Tal vez con los años sea más táctil, más agresiva, pero por ahora cuando te acercas lo que ves es una textura con riqueza en colores.

—¿Tamaño grande o pequeño?

—El no control lo consigo más fácilmente con el grande. Muchos pintores dicen «es que estás dentro» y es verdad. Cuando hice el cuadro de 180 x 360, bueno, fue una pasada. En ese momento yo era pura adrenalina.